



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

16 – El calvario de los héroes

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 16 – El calvario de los héroes

El narrador prosiguió así su relato...



Nuestros héroes se pelearon con tal valentía, que consiguieron abrirse camino hasta la puerta del palacio; pero, de los cuarenta mamelucos, veinte sucumbieron en este primer asalto. Al traspasar la puerta, cayó sobre ellos una muchedumbre de soldados que bloquearon todas las salidas.

– Escucha, mi buen Saad, ¡éste es el momento de mostrarme que tienes dos pares! –le espoleó Ibrahim.

– ¡Cuenta conmigo, amigo mío!

Saad apoyó su espalda contra la de Ibrahim para cubrirle por detrás, y blandiendo su par de *shâkriyehs*, comenzó el combate; el sable entonó su canto de muerte entre los gritos de los heridos y los alaridos de los agonizantes. Rodeados por todas partes, los musulmanes devolvían golpe por golpe; pero entonces, Yauán reunió a varios patricios, les envió a las torres, ordenándoles que desmontaran las tejas y que las arrojaran junto con el polvo sobre nuestros héroes. Medio ciego, Ibrahim continuaba luchando con el sable, lanzando furiosos rugidos, que aterrorizaban a cuantos le rodeaban, y tras un heroico esfuerzo, consiguió salir de la ciudad y llegar hasta el puente; pero, al volverse, vio que todos los mamelucos habían perecido, del primero al último.

Ahora bien, el maldito fraile, acompañado de Bartacûsh, Dukás y Mangoberto, se le habían adelantado, llegando hasta el puente, junto a la torre de defensa, en la que se abría una enorme puerta de hierro; por el lado derecho de la torre, una estrecha escalera permitía descender hasta el río. Así que Yauán y su tropa subieron a la torre para disfrutar del espectáculo.

– ¡Aplastadles, valientes hijos de la Iglesia! –vociferaba Yauán–. ¡Al que corte la cabeza al hijo del Korani, le prometo un sitio inmejorable junto a mi padre Asfût!

Así que, cuando llegaron al puente, Ibrahim, Saad y Edamor tuvieron que hacer frente a un nuevo ejército, que les cerraba el paso.

– ¡Esta vez estáis perdidos! –les gritaban los francos– ¡No escaparéis a la *mantara*!

Pero Ibrahim, rechinando los dientes, seguía combatiendo con todas sus fuerzas, con Saad siempre protegiendo su espalda; mientras, Edamor también acumulaba proezas y conseguía hacer retroceder a los francos; pero, se hallaba lejos de Ibrahim, y los enemigos aprovecharon para asaltarle por todas partes, machacándole a golpes: había recorrido ya la cuarta parte del camino del puente, cuando se derrumbó, herido de muerte. Ibrahim, entre tanto, seguía peleando, pero oyó la voz de Edamor que le pedía ayuda en nombre del pacto de hermanos que se habían jurado. Volviéndose, el heroico capitán vio a su amigo tendido en el suelo. Con un bramido terrible, se arrojó contra los francos que le rodeaban, y los dispersó como a una bandada de gorriones.

– Vamos, levántate, Edamor –le dijo Ibrahim– Di conmigo: “No hay más Dios que Dios y Muhammad es Su Profeta”.

– Es inútil; estoy perdido –respondió Edamor ya sin aliento.

– ¡Nada de eso! ¡Camina tranquilamente detrás de nosotros; yo me batiré por los dos!

Edamor se puso de pie y comenzó a caminar, mientras Ibrahim y Saad despejaban el camino; pero, al llegar a la mitad del puente, Edamor volvió a caerse por segunda vez.

– ¡Vamos, de pie! –le apremió Ibrahim– ¡Si aguantas aún una hora más habrás demostrado auténtico coraje!

Le ayudaron a incorporarse, e Ibrahim reanudó el combate, mientras le sostenía con la otra mano, y Saad les protegía las espaldas. De ese modo consiguieron franquear los dos tercios del puente; pero entonces, Edamor se derrumbó por tercera vez.

– ¡*Porca miseria!* –exclamó Ibrahim– Vamos, levántate, ya casi hemos llegado.

– No –suspiró Edamor– déjame caer como mártir de la verdadera Fe.

– ¡Vamos, déjale en paz! –le suplicó Saad– Si quiere morir como un mártir, déjale; de todos modos, con esas heridas ya no le queda nada de vida.

– ¿Cómo podría abandonarle? –replicó Ibrahim– Al partir de El Cairo, ¿no habíamos jurado que no nos separaríamos jamás?

– ¡Ah, claro! ¿es que te crees que tú vas a salir de aquí de rositas? –le replicó sarcástico Saad.

Echando una ojeada alrededor, Ibrahim pudo constatar hasta qué punto su primo tenía razón. Los ojos llenos de lágrimas, dejó a su compañero en el lugar en el que había caído, y regresó al combate; siempre atacando y jamás retrocediendo. Su poderosa voz se elevaba como el rayo, sobre la nube de polvo, y sus cargas se repetían incansables, como las olas del mar. Cuando los francos le acosaron muy de cerca, agarró al patricio que tenía más a mano, y lo arrojó contra sus compañeros, con tal fuerza, que el pobre desgraciado partió

hacia la tumba, junto con todos aquellos sobre los que cayó encima. Pero los francos no dejaban de acosarle, y muchos, llegaron a asestarle profundos sablazos: cuando llevaban recorridas tres cuartas partes del puente, Ibrahim chorreaba sangre; flaqueó su resistencia por la cantidad de sangre que había perdido y por lo que sudaba bajo el peso de su armadura de hierro. De pronto, le entró una sed terrible, y sintió como si su vesícula le fuera a estallar.

– ¡Saad, hermano mío, me muero de sed! –le dijo– Ve a buscarme un poco de agua, valiente guerrero: puede que éste sea el último servicio que te pida. Si al volver me hallas muerto, tú serás testigo de que he caído como un mártir de la verdadera Fe. Y tú, intenta ponerte a salvo para informar de nuestra muerte al sultán.

– No te muevas de aquí, mi viejo hermano –respondió Saad sorbiendo sus lágrimas– No tardo nada en ir y venir.

Se abrió paso entre los francos para ganar la escalera que llevaba al río, descendió los escalones y, al llegar abajo, se quitó su casco y lo llenó de agua; pero, cuando se disponía a volver, Yauán le vio desde lo alto de la torre.

– ¡Mira, Sable de Bizancio! Ahí está el hijo de la Diabete, que ha ido a buscar agua para su primo.

– ¿Y...? –replicó Bartacûsh– Déjale que beba un trago, ¡qué más da!

– ¡No! ¡Por mi religión, si el hijo del Korani consigue aplacar la sed, es muy capaz de continuar luchando durante veinticuatro horas, y hasta salirse de rositas!

De modo que Yauán dio orden a los patricios de que impidieran a cualquier precio que Saad se reuniera con Ibrahim y le llevara el casco lleno de agua. Los francos se presentaron justo en el momento en que Saad llegaba al puente, y le volcaron el agua del casco, a pesar de los desesperados esfuerzos que hizo para protegerlo. A fuerza de auténticas proezas, Saad consiguió romper el cerco y reunirse con Ibrahim, al que encontró totalmente ensangrentado a causa de las nuevas heridas que había sufrido.

– ¿Dónde está el agua, Saad? –gimió.

– Hermano, cuando te traía ya el casco lleno de agua, los francos me lo han volcado. ¡Es preferible que nos batamos juntos en retirada y descender hasta el río!

Intentaron entonces llegar a la escalera; Ibrahim golpeando y Saad, protegiendo su espalda. Pero al León del Horân la sed le estaba torturando de tal modo que de pronto sintió cómo sus fuerzas le abandonaban.

– ¡Ah, Saad, me parece que me ha estallado la vesícula! –gimió– Saad se lanzó hacia el río, exterminando a cuantos encontraba a su paso; ganó la escalera y descendió hasta el agua. De nuevo llenó su casco y ya iba de vuelta, cuando Yauán alertó por segunda vez a los patricios, para que pasaran al ataque. Como estos se encontraban en lo alto de la escalera, se hallaban en una posición de fuerza, y no les resultó difícil volver a volcar el

casco por segunda vez. Saad, no obstante, consiguió llegar hasta Ibrahim: temía no encontrarle con vida, pues su cuerpo estaba lleno de heridas, y todas de gravedad.

– ¿Dónde está el agua? –repitió Ibrahim.

– ¡Escucha, no consigo traértela! La única solución es continuar peleando hasta llegar al río.

De modo que siguieron luchando y terminaron por acercarse hasta el agua. Saad precedió a Ibrahim para llenarle el casco; pero, iba a darse la vuelta, cuando vio una enorme cabeza con la toga, el turbante y el casco de los *fidauis*, en el agua, gimiendo: “Agua, Saad, agua”.

Pensando que se trataba de la cabeza de Ibrahim, arrojó su casco, y lanzando un grito de desesperación; subió la escalera como una tromba, invocó la ayuda de su antepasado Baba Omar y se arrojó al vacío. De pronto, sintió una mano inmensa que le cogía en el aire y le depositaba al otro lado del puente; en ese momento, estirando sus largas piernas, se fue volando y no tardó en desaparecer.

Pero, en realidad, esa cabeza que Saad había creído que era la de Ibrahim, no era tal. Como ya hemos dicho a los nobles señores que nos escuchan, Yauán observaba el desarrollo del combate desde lo alto de la torre que controlaba el paso del puente. Cuando vio que Saad rellenaba el casco por tercera vez, y que Ibrahim se estaba acercando al río, temió que llegara a beber y que, por tanto, no escapara a la muerte; entonces, Yauán, viendo cerca de él a un conde de una corpulencia parecida a la de Ibrahim, le dijo:

– ¿Cómo te llamas, *figlione*?

– Ni’mat El-Masîh, para servirte, *abbone* –respondió el conde.

– Escucha, te necesito para llevar a cabo una treta contra el hijo del Korani. Si aceptas, te garantizo una propiedad de diez fanegas de tierra en el valle de Saqar¹.

– *Abbone*, aquí me tienes: dispuesto a dar mi vida por ti –le respondió el conde.

El maldito fraile envió a un soldado a que recogiera la toga, el turbante y la coraza de un *fidauí* caído en combate, y ordenó a Ni’mat El-Masîh que se los pusiera.

– Ahora –prosiguió Yauán–, vas a aprovechar que el hijo de la Diabete está agachado cogiendo agua, para acercarte al hijo del Korani por detrás, y, si es necesario, no dudes en cargarte a dos o tres patricios de paso; yo te absuelvo por adelantado. Cuando esté a tu alcance, mátales; ¡entonces comprenderás las bondades que te serán concedidas!

De modo que el conde se aproximó adonde estaba Ibrahim; éste, absorbido por el combate, le tomó por un ismailí, al ver su toga y el turbante, así que le dejó acercarse sin sospechar nada. Cuando estuvo a su altura, el traidor conde le asestó un terrible golpe con el sable, cuya hoja, resbalando por el casco de Ibrahim, le hendió el rostro en dos, desde la

¹ Uno de los nombres que en El Corán se da al infierno.

frente, hasta los labios. En un último esfuerzo, antes de derrumbarse, Ibrahim le cortó la cabeza, que fue a volar hasta el río, y esa fue la cabeza que Saad había tomado por la de Ibrahim.

Pero cuando Mangoberto vio que Saad había podido escapar franqueando el río de un salto, se arrancó el sombrero y lo tiró al suelo.

– ¡Estamos perdidos! –gimió.

– ¿Y por qué? –se extrañó Yauán.

– ¡El hijo de la Diabete ha conseguido escapar! Ahora irá a anunciar la noticia al *rey* de los musulmanes.

– ¡No te preocupes, *babb!* Tú dispones de setenta mil hombres, y yo voy a ir a reclutarte otros treinta mil; con lo que tendrás un total de cien mil. Con ese ejército ¿qué vas a temer?

– Tienes razón: nada –reconoció Mangoberto–. Pero esos muertos, *abbone*, ¿no deberíamos enterrarlos?

– ¡En cualquier caso, no será hoy! –cortó el monje maldito– ¡Esta noche vamos a celebrar nuestra victoria y beber un buen *bibar*¹ a su salud! ¡Mañana los arrojaremos a la hoguera!



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.17 – Se escapan los muertos

¹ Vino.